

ta, genuinamente concluido. La poesía de Eduardo Hurtado es un canto justo. Nada sobra, nada falta y la música suena y suena bien. Así, todos los elementos que le dan cuerpo a su poesía responden a un llamado y una necesidad. Tal vez por eso los poemas del *Rastro del desmemoriado* no sólo nos dejan una conciencia precisa sino que además producen en nuestro ánimo una emoción rápida y enérgica; algo como un espíritu breve. Este libro busca el entendimiento por la vía de la escasez y el alumbramiento por el lado de la concentración. Economía de las expresiones y acumulación del sentido. En este libro la inteligencia y la pasión, con sus alternativas y decisiones, no son un efecto de la poderosa pero abultada y aparatosa lógica del sí y del no. Las preguntas y las respuestas de este libro no tienen un sesgo complicado y maniqueo, no van y vienen por una retórica abusiva de los opuestos para llevar agua al propio molino. Eduardo Hurtado nunca o casi nunca lleva agua a su molino; no saca ventaja de su visión precisa y educada, también sombría y cruel. Sus preguntas y sus respuestas son, antes que otra cosa, interrogaciones y admiración que no le piden nada al otro. Tal vez nos encontramos ante un desencanto. Pero si es así, observamos una pérdida de los espejismos producidos por la confianza y la alegría, en el *Rastro del desmemoriado* no asoma ni siquiera un poco ese sentimiento avaro del que piensa que posee la autoestima del valor; tampoco nos enfrentamos con ese gesto torvo del enfermo moral; muchísimo menos con los mohínes y los bisbiseos biliosos del poeta que elogia su apartamiento. En el *Rastro del desmemoriado* no encontramos encierro ni mala salud; no vemos por ningún lado una trayectoria en fuga hacia sí mismo. Hay extravíos y fracasos pero no huídas; hay también un no saber hacia dónde pero de ninguna forma una condena o un disgusto por los sucesos; hay días nefastos y hay luces concentradas, descendos y una violencia, pero jamás lobos ni borregos. Eduardo Hurtado no enseña los dientes, tampoco se deja trasquilarse. Su poesía es, como él dice, un rastro y una desmemoria; un camino para ser andado sin aspavientos y con imágenes elaboradas

por la sinceridad y la reflexión:

Terca la realidad,  
entrometida:  
crece tu sueño  
en medio de tu cuarto desiado  
El buró, la puerta,  
tus pantuflas,  
con débil sordidez  
te solicitan

La exactitud de este libro no sólo es un resultado y una exigencia de la armonía exterior e imprescindible del poema; no se trata sólo de justeza formal: hallamos también exactitud en el fondo, precisión en la hondura. Conclusión, pues, tanto de la forma como del contenido; conclusión, además, que trata de llegar hasta las últimas consecuencias, es decir, sin concesiones:

Nada se hunde ya  
como este absurdo anhelo de no  
ahogarnos  
(profundo mar insomne  
como un desesperado,  
sólo en tu entraña vemos  
largos peces pasar  
como presagios)  
Todo fuera emerger  
para eludir la muerte,  
pero el agua se cierra como un  
párpado

La poesía de Eduardo Hurtado habla isocómicamente con expresiones ásperas; busca de un modo casi asfixiante decir la verdad y, como la verdad ahora ya no es bella, el *Rastro del desmemoriado* tiene un dejo de

sagradable y ríspido, en algunas ocasiones obscuro, en otras conforme y hasta clásico:

Cada topo cava su propio túnel  
Por caminos diversos  
miles de topes viajan  
tras un solo rizoma succulento  
Como breves cometas  
sin saberlo se cruzan  
en un oscuro cielo subterráneo  
No ven trampa que pueda detenerlos  
en su jornada ciega y caprichosa  
(Qué admirable bregar desatinado!

No obstante, la magia y el poder de los poemas de este libro no son una manera tramposa de satanizar al mundo y a sus seres o un pretexto de autoflagelación. El *Rastro del desmemoriado* no es un canto maldito. Nos encontramos ante un nihilismo educado y sutil que rehuye elevar la voz y agitar la mano, que rehuye la ramplonería beat y el sofocón de la angustia. Quizá sea esta la razón por la que un poeta dotado para cantar con voz en pecho, a voz en cuello, prefiera y escoja hablar muy bajo, estudiando el levantamiento ostentoso al precisar con pulso firme; quizá este rigor entrañe una excesiva concentración que puede devenir inmovilidad y silencio, y quizá también entrañe más penetración y después otra música. Sea como sea, el *Rastro del desmemoriado* representa la búsqueda de la exactitud moral, el encuentro con un canto justo.

### *La vida (a)leve*

#### BAJEZAS

La Muerte es una voz sin verbo.  
Toda cama tiene algo de sepulcro.  
El problema no es tanto la obsesión sobre el paraíso como la incapacidad para combatir su memoria.  
Dios no ha muerto, ha renunciado.  
Después de cometer un daño me pregunto qué sería de dios si no solapara nuestros pecados.  
Lo que no ha sido pensado es digno de elogio.  
Conocerse a sí mismo. Qué daño, qué desdicha.  
El hombre se constituyó en grupus no por instinto sino por temor a la mujer.

Francisco León González